



PROYECTILES DEL  
CAÑÓN VORUZ

PROYECTILES DEL  
CAÑÓN VORUZ

## TRAYENDO A VORUZ

**PRÓLOGO:** Gerardo Vargas Hurtado, periodista e historiador ariqueño (1869-1932), narra en su libro “La Batalla de Arica” un singular episodio de los tiempos de la ocupación chilena de las provincias de Tacna y Arica. Previo a la inauguración del monumento a Bolognesi en Lima 1905, un grupo de jóvenes peruanos desentierra uno de los cañones Voruz que se encontraba emplazado en las alturas del Morro con la finalidad de trasladarlo a Lima para tan magno acto. Los datos a la fecha no son muy exactos debido a las circunstancias propias de la chilenización de los territorios peruanos cautivos. Hoy, Carlos Freyre brillante escritor peruano le otorga vida y personalidad al cañón Voruz que trajo Bolognesi desde Francia para la defensa del Callao en 1886 y que luego lo acompañara en su inmolación el 07 de junio de 1880. – Volverás a casa – es la frase con la que Carlos Freyre anima a Voruz para llevarlo con su comandante en Jefe Francisco Bolognesi.

Revista Xauxa

### Trayendo a Voruz

6 de junio de 2020.



*Tte Crl EP Carlos E. Freyre,  
carlosenriquefreyre@gmail.com*

Pusieron a Voruz en el filo del barranco y de inmediato les vino a la mente el salto de Alfonso Ugarte, en ese mismo lugar, el 7 de junio de 1880, con la bandera de la nación en una de las manos y sujetando la rienda del caballo con la otra. Quizás fue más allá, o más acá; pero el vértigo era el mismo, a pesar que ya habían pasado 25 años. Estaban en cerro Gordo y abajo, se distinguía el hilo de la Lisera. La rompiente daba sus coletazos de mar frío al acantilado, como si a pesar de la imponente mole del morro, hubiera decidido demolerlo desde sus raíces.

— **Volverás a casa**— le dijo Vites a Voruz, acariciándolo.

El capataz de los ariqueños les dijo que apuraran en cargar. La neblina entreverada con la oscuridad, hacía difícil que alguien los viera desde la ciudad. Igual, tarde o temprano se disiparía y si los atrapaban no la iban a contar. Además tenían varios días empeñados en esa empresa, desde que salieron la noche del 16 de setiembre de 1905, convencidos unos a otros de que Voruz debía estar en Lima, cerca de Bolognesi. Arica seguía siendo un pueblo chico: veinte personas menos, si harían notar su ausencia, en especial si se trataba de miembros de la Sociedad Peruana de Beneficencia de Arica.

El señor Antolín López, quien había dirigido el traslado del cañón desde la batería hasta el precipicio se cercioró que su cálculo sea exacto. Le dijo a Vites:

- Va a sonar. Pesa demasiado como para que pase desapercibido, pero tenemos a favor la brisa y la camanchaca. Además, con los temblores que hay aquí, puede pasar como uno más. Tenemos que lanzarlo.

Vites asintió. El capataz, junto a los muchos, empezó a ubicarlo de manera que el impulso fuera mayor. Cuando estaba en posición, lo empujaron y empezó a caer. Tal como predijeron, el sonido fue estruendoso. Sospechaban que como los truenos que nunca habían visto. Pequeños chispazos de fuego saltaron al golpearse el hierro con las rocas. El impacto fue tan violento, que la culata quedó enterrada dos metros bajo tierra.

Ahora tocaba bajar. Apenas si comenzaba la faena.

\*\*\*

Voruz era enorme. Traído desde Nantes, en Francia, había sido fabricado en 1864 y tenía como nombre el apellido de su inventor. Era de ánima rayada, medía dos metros con catorce centímetros y la culata otros treinta. El peso, que en ese tiempo se calculaba en quintales, era como de 3500 kilogramos. A Voruz lo construyeron para ir a la guerra de Secesión en los Estados Unidos, pero, por cosas del destino, terminó sus días en otras latitudes.

Quizás, si hubiese ido hacia Norteamérica, hubiera participado en varias de las 391 batallas que se pelearon en la Guerra de la Secesión. Pero no. Iba a ir al hemisferio

sur, se instalaría en una pequeña ciudad portuaria, en el promontorio más alto; desde donde se domina por la vista y el espíritu el Océano Pacífico. Y estaría en una sola lid.

Aunque había varios como él, distribuidos en las baterías que se instalaron en la alturas del morro de Arica, el día de la batalla estaba en la Batería Este, junto a otros dos. Miraba a la pequeña ciudad y el valle vecino. Los 391 hombres del batallón “Artesanos de Tacna” N° 29, al mando de Marcelino Varela, lo veían a diario, desde que entendieron que aquel sería el lugar donde defenderían al país. Después del 7 de junio, el destino de los cañones fue tan trágico como el de sus únicos usuarios. Tanto Voruz, como las demás piezas de artillería, quedarían varados en la soledad del morro. Incluso, con la expansión mercantil que vendría con el tiempo, se les comenzó a dinamitar y pocos sobrevivieron. Hasta allí llegaban romerías de peruanos cautivos que hacían comparsas cada 7 de junio para recordar a sus héroes y recoger los restos de sus uniformes; todavía manchados con la sangre que les costó quemar su último cartucho.

Los cautivos se enteraron que, a más de mil kilómetros de ellos, en Lima, se haría un monumento en memoria de Bolognesi y 25 años de su inmolación. Se reunieron en la Sociedad de Beneficencia y acordaron enviar un regalo que represente varias cosas a la vez: su homenaje, su memoria y su dolor:

— Enviaremos un cañón— dijo Vites.

Y juraron que guardarían el secreto.

\*\*\*

No solo tuvieron que desenterrar a Voruz, que quedó hundido después de la caída, sino que cuando trataron de subirlo a los botes, el mar se puso bravo. Tuvieron que esperar dos días más, entre la orilla, golpeados por el viento. Vites miró a los muchachos; la mayoría obreros y dedicados a la pesca. Nadie chistó. Solo esperaban que la espuma ceda.

Después, los botes llegaron hasta donde estaban, en la Lisera. De allí debían subir a Voruz al buque noruego “Coloma”, que se encontraba anclado a inmediaciones de Arica y cuyo capitán ofreció voluntariamente traerlo a Lima.

Tampoco fue una tarea sencilla. Una torpedera chilena, de nombre “Condell”,

---

andaba muy cerca. Nuevamente tuvieron que usar la noche para poder subir a Voruz.

Aunque la peripecia continuó, Vites y los demás quedaron tranquilos al ver partir al “Coloma” sobre la inmensidad del océano. Voruz iba a reunirse con su coronel. Cuando la prensa publicó su llegada, se desató el escándalo entre las autoridades chilenas que custodiaban el puerto; pero nadie supo nunca quien envió al cañón y sus toneladas al hogar que lo alberga hasta hoy.

En el Museo a los Combatientes del Morro de Arica o casa de Bolognesi en Lima, se encuentra Voruz. Disparó sus granadas el 7 de junio de 1880 y aunque es un testigo silencioso de aquel día: tendrá siempre otras cosas que contar.

-----



*Batería Alta del Morro y cañon  
Voruz de 70 lb en manos del  
ejército de Chile después de la  
Batalla de Arica*